

ANA: TE VOY A DECIR QUÉ FUISTE

Mujer, madre, esposa, maestra, amiga, compañera, amante de los libros y del cine, incluso futbolera por obligación, aunque como le dices a Omar *“el fútbol es lo más importante de las cosas menos importantes”*, ama de casa de los chorros de oro, gran cocinera (*“destapa esos calderos”*, me dijiste un sábado),...

Tantas cosas fuiste metidas en tu cuerpo delicado y en tu alma siempre en paz: interior y exterior pues irradiabas no solo dulzura, buen hacer y mejor sentir, cara suave, suaves maneras, pero los muchos que te quisimos sabíamos de tu fuerza, de tu decisión, de tu autoridad sensible, sin gritos ni aspavientos, solo con el aura de tu dignidad y tu fortaleza intelectual.

Tantas cosas fuiste, querida Ana, que no cabes en mi corazón de tío admirado, sobrina de mi alma, que estuve contigo desde el primer momento. ¿Te acuerdas en el primer día de tu matrimonio cuando te hacían las fotos en El Pinalete? Allí, con la espalda de un Teide vigilante y los pinos susurrando su canción de siglos moviendo hojas y ramas, nos reíamos hablando del frío de un 8 de enero del año 2000. Allí estaban, chiquitas, pequeñas, esas sobrinas tuyas, Sara y Alba. Y también en la boda nos esperaban Carlos Salvador y Beatriz, nuestros hijos siempre, en la plenitud de su brillante juventud.

En tu caso, y en el nuestro, es imposible que haya más crueldad en el diccionario. Irte ahora, plena y llena del amor de tu esposo, de tus hijos, de tus familias y amigos, es el largo final de esta jodida vida que nos cambia el paso en cualquier momento. Y a ti te lo cambió en diciembre del año pasado. Tan cercano y tan lejano ya.

Te dabas a plenitud, desde tu familia y amigos a tu trabajo de maestra que amabas con pasión. Sabías, lo hablabas, que la educación debe ser la meta común, el mar de todos los atardeceres, el mañana de todas las mañanas, el futuro por descubrir, el presente por el que luchar, el pasado como espejo y referencia. Hacías tuya la frase del poeta: *“Yo dormía y soñaba/ que la vida era alegría./ Desperté y vi que la vida era deber./ Yo actué y me di cuenta que el deber era alegría”*.

A pesar de todo, tu hija ha escrito este texto para ti. Dice Ángela: *“Nos has seguido enseñando a valorar un abrazo como si fuera el último, una llamada, una conversación, una discusión sin importancia, una cena*

juntos, una tarde de compras e, incluso, cuando tú no lo sabías aprendíamos gracias a ti.

Somos tus hijos quienes más te aman y a quienes más amas. Unas personas llenas de valores que nunca dejaban de darte mil alegrías y es que se recoge lo que se cosecha. En tu vida, empezando desde abajo, has llegado a conseguir todo lo que te propusiste. Y es que trabajabas y trabajabas sin parar hasta alcanzar lo que te hacía feliz. Dabas todo en tu profesión y eras única. Tú, con ese encanto con el que movías el mundo, nuestro mundo. “Que seas guapa por dentro, eso es lo que importa”, frase que siempre me repetías cada vez que caía un mínimo piropo. Pero tú si eras guapa por dentro y por fuera. Con esa sonrisa que iluminas la vida, con esos preciosos ojos que nunca nos dejaba perder la ilusión por nada. Esa perfecta voz llena de paciencia y con esas cuidadas y bondadosas manos que todo lo ponían en su sitio”. Hasta aquí lo que te dice tu hija Ángela.

En esta difícil etapa nos hemos dado cuenta de cuánto te quisieron alumnos y alumnas, padres, compañeros...y es que has plantado tantas semillas que los frutos brotan por todos lados, porque el que siembra recoge.

Y tú, en ese después del después que dicen que es la eternidad, siempre estarás con nosotros. Como la luz serás eterna para los tuyos. Con tiempo, con espacio, con añoranza, con memoria. Y es que quién ama no puede morir ¡y tú has amado tanto!

Ya sabemos que te has ido en paz, dejando la estela de madre y esposa con tus últimos consejos, tus últimas observaciones, tus últimos pequeños detalles. Te has ido en paz y ahora te diremos que todos estaremos siempre contigo en el recuerdo del ayer y en la realidad del hoy.

Con tu amante esposo, a Luciano Alberto le ayudaremos a ser padre...y también madre. Ese hombre tuyo, ese amor de siempre, ese marido ejemplar que estuvo a piñón fijo 24 horas de tus últimos meses sin desfallecer un minuto, dando cariño y reconocimiento, fuerza y sustancia a tu vida última. Siempre comentándote con ironía que te hiciste del Atlético “por interés” (en ese primer año de novios, “doblete del Atleti”).

Y estaremos con tus hijos. *¿Le podemos llevar flores a mi madre?*, me decían cuando niños pequeños nos visitaban en las huertas de La Guancha. “*Sí, cojan las que quieran*”, les respondía. Ahora las llevaremos juntos para que el mar del tiempo nunca tenga olas de olvido.

Y recordaremos lo que escribió Omar, con sus 11 años, un 18 de septiembre de 2014: *“Para mami: La vida es como un libro y abuelo Lolo es la página anterior. Dime ¿quieres continuarlo o quedarte estancada en esta página”*. Ana me dijo: *mira esta reflexión de Omar*. Y ahora todos (y no solo Omar) tenemos que hacer realidad aquellas palabras del hijo a la madre.

Y estaremos todos juntos recordando el viaje a Huelva, en agosto de 2015, cuando la ilusión desbordante de Ángela nos hizo recalar en la Plaza de Toros en busca de su cantante favorito, Abraham Mateo. Días de playas y conversaciones, de historia y arte, de paisajes de Andalucía y Portugal y la comunión de cariños mutuos siempre levantando la bandera de la cordialidad en unas jornadas para guardar en el mejor cajón de los mejores recuerdos.

Y recordaremos a tu padre, Lolo, a quién tanto quisiste y que fue ese hombre que hizo milagros cada día y dio carrera y educación a tres hijos. ¡Cuánto le recordabas!

Y estaremos con todos los demás. Con Piluca: *¡buenas noches, suegra, cómo está!* Cada día de tu vida hiciste la misma llamada. Y tu suegra, ese puntal de fuerza y entereza que ha demostrado a todos una capacidad maravillosa, te seguirá oyendo, aquí en su cerebro agradecido a tanto amor como les ofreciste *¡La quiero tanto... tanto como a mis propias hijas!* Piluca: Ana te lo ha demostrado.

Como tu suegro Luciano, atendiendo, amando, haciendo... Y con tus cuñadas, Mayte y Alejandra, profesionales de la medicina que tanto te han cuidado y con las que tenías una relación fraternal, casi como hermanas. Y la relación cómplice con tus cuñados Fran y Jose y el cariño prolongado en tus sobrinas Rosana, Irene, Jara y la pequeña Marina.

Y tu madre, Lula, y tus hermanos, Carlos y Mercedes, esos pozos de cariño desbordante, y ese estar siempre a una, juntos, unidos. Carlos, metódico y ordenado, siempre ojo avizor a la vida en común y más en los últimos tiempos de papeleos, llevando a buen puerto el cercano futuro. Y Mercedes que *dice “primero fue hermana, después madre y ahora otra vez hermanas”*. Uña y carne, carne de la misma carne, amigas, consejeras, cómplices: hermanas siempre. Tú eras su guía y ella tu respaldo. Y tu cuñada Rosi, “la coordinadora” como le decía Aurora pues ordenaba las visitas para que tú estuvieras siempre arropada y que prolongaba su casa en la tuya como una sola casa. Y tus sobrinas, Sara y Alba, desbordando el vaso del amor pues como ya te dije un día en el Hospital: bellas por fuera y

por dentro. Y qué orgullosa te sentías. Te lo digo, Ana, con rotundidad: ¡qué nivel de familias! ¡Qué ejemplo, queridos Luciano Alberto, Ángela y Omar, para seguir adelante!

Y ahora, cuando la vida ha dado un giro de todos los grados, cuando ya navegamos por todas las galaxias en busca de los inmensos, apasionantes, gigantescos recuerdos de ti, querida Ana, vaya para los demás esa palabra tan oída, tan machacada, tan solidaria y que solo tiene siete letras: gracias, muchas gracias.

Y ahora déjenos navegar por cielos azules y verdes montes, por paisajes conocidos y territorios desconocidos. Allí estarás con nosotros, mano con mano, hombro con hombro. Vean: camina con nosotros; está con nosotros. Eternamente. Apasionadamente. Y con el poeta Benedetti: *“Compañero del olvido / no te olvido / tus tormentos asoman en mis sienes blancuzcas / el mundo cambia pero no mi mano ni aunque dios nos olvide / olvidaremos”*.

Y como escribió mi hijo Carlos Salvador: *“Lo bueno nunca se acaba. Queda en el recuerdo”*.

Y punto y seguido, mis queridos Luciano Alberto, Ángela, Omar, queridas familias, queridos amigos: como siempre digo *“a pesar de la vida en contra tenemos que seguir”*. Ana nos manda que continuemos y como nos dijo en uno de sus últimos mensajes: *“Ahora a disfrutar de la buena gente”*.

Y es que a pesar de todo, brilla alguna estrella. La noche deja de ser oscura. Siempre hay mil soles en el reverso de las nubes...

SALVADOR PÉREZ

- **Leído, en la iglesia de La Guancha, el día 5 de agosto de 2017**